

# El coleccionismo arqueológico en Mesoamérica y la Nueva España

■ LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

◆ Qué espectáculo tan maravilloso es ver emerger un humilde tiesto de las entrañas de la tierra, una escultura de las profundidades del mar o un suntuoso palacio del más recóndito rincón de la jungla! La súbita aparición de esos sobrevivientes materiales de mundos desaparecidos —su inquietante presencia en el aquí y el ahora— nos atrae, deslumbra, intriga y, sobre todo, nos hace aventurarnos en el más seductor, lejano e incierto de los viajes, es decir, aquel que se hace al pasado. Por ello, cualquier vestigio de la antigüedad, por más pequeño que sea, se torna sin reservas en ese oscuro objeto de la curiosidad que invoca tanto a nuestra razón como a nuestra imaginación.

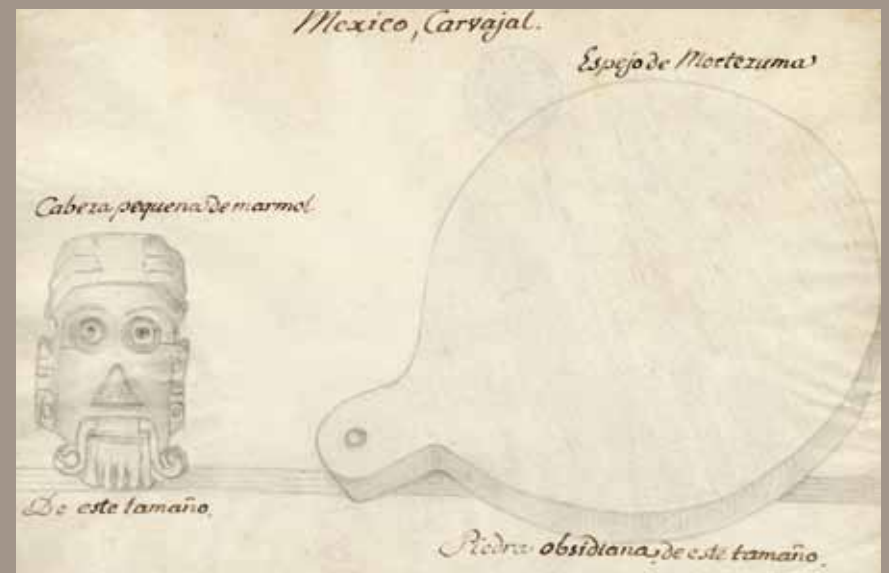
Tales sensaciones, obviamente, no nos son privativas. Tenemos noticia de que las sociedades del México prehispánico experimentaron una fascinación semejante por lo arqueológico. Pero, generalmente, atribuyeron su existencia en el paisaje a los poderes sobrenaturales de seres pretéritos portentosos. Eso se debe a que su visión del pasado remoto era tan maleable como el futuro, resultado de un juego de espejos en el que se reflejaban mutuamente el recuento histórico y el relato mítico. Los nahuas del siglo XVI, por ejemplo, negaban que las grandes pirámides de Teotihuacan hubieran sido erigidas por simples mortales. Dicha creencia surgió seguramente de la atónita comparación que hacían de los monumentos del periodo Clásico con sus templos, de mucho menores dimensiones. Desde esta

perspectiva, la majestuosa Pirámide del Sol únicamente podía ser entendida como obra de dioses, de gigantes o de pueblos legendarios como los toltecas o los emigrantes del paraíso de Tamoanchan. De hecho, toda la metrópolis arqueológica gozó en el Posclásico de un aura divina: fue explicada como el venerable lugar de los orígenes, la cuna del Quinto Sol y el foco de dispersión de la humanidad.

Sabemos igualmente que el hombre prehispánico visitaba con asiduidad centros ceremoniales en ruinas, y que exploraba ávidamente edificios y plazas cuyas formas se adivinaban bajo la vegetación. En estos peculiares escenarios, marcados por el silencio y la desolación, llevaba a cabo excavaciones premeditadas en busca de imágenes, sepulcros y toda suerte de depósitos rituales. Tales operaciones no perseguían el lucro, sino la recuperación de objetos singulares, preciosos, sacros y, por tanto, dignos de ser coleccionados. En efecto, estas reliquias, al igual que las descubiertas accidentalmente y las transferidas de generación en generación, fueron valoradas por su elevada calidad de materias primas y de manufactura. Pero, ante todo, su supuesta naturaleza divina decidió a los nuevos propietarios a portarlas como amuletos o a reinarhumarlas como ofrendas dedicatorias y funerarias en el interior de sus templos y palacios. Al parecer, no sólo las piezas completas tenían ese carácter, sino que su poder se extendía a los fragmentos. De no ser así, es difícil concebir



Máscara de Chalchihuitlicue.  
Colección de Guillermo Dupaix.



Cabeza de Tláloc y espejo de obsidiana.  
Colección Ciriaco González Carvajal. Ambas: BNAH.

neos del Preclásico Medio que han sido descubiertas por los arqueólogos en contextos del Protoclásico (fines del Preclásico Tardío), el Clásico y el Posclásico. Los más notables hallazgos proceden del centro veracruzano de Cerro de las Mesas y de los sitios mayas de Dzibilchaltún, Mayapán, Chacsinkín, Cozumel, Uaxactún, Tikal, San Cristóbal Verapaz y Laguna Francesa. Sin embargo, fue Tenochtitlan el centro por antonomasia en lo que toca a la reutilización de antigüedades. Tras un siglo de excavaciones arqueológicas

en la capital mexicana, han sido exhumados cientos de reliquias en los principales edificios religiosos, principalmente objetos de piedra verde y recipientes de cerámica. Destacan, entre todas, las manufacturas olmecas, las del estado de Guerrero, las teotihuacanas y las de tiempos toltecas.

De manera significativa, muchas de estas reliquias fueron deliberadamente transformadas por sus poseedores. Los mayas, por ejemplo, modificaron instrumentos penitenciales y pendientes olmecas al grabarles efigies y textos referentes a los dignatarios que los portarían siglos después de su elaboración. Los mexicas retrabajaron sustancialmente máscaras teotihuacanas puliéndolas y bruñéndolas a fondo, colocándoles incrustaciones de obsidiana y concha en ojos y boca, y añadiéndoles grandes orejeras antes de ofrendarlas en el Templo Mayor. Recubrieron otras antigüedades con pintura y chapopote o les pintaron símbolos y glifos que acentuaban sus significados religiosos originales o que les conferían uno distinto. Lo anterior, claro está, no impidió que ellos también crearan nuevas piezas que en sus formas evocaban los viejos estilos.

Esta particular mirada hacia los vestigios arqueológicos se trastoca con la Conquista española y el inicio del periodo colonial. La expedición de Juan de Grijalba en 1518 es el signo más temprano de los nuevos vientos. Diversos documentos nos narran cómo sus hombres profanaron sepulturas indígenas en la Isla de Sacrificios y en las márgenes del río Tonalá, recuperando para sí collares de oro y recipientes de travertino. De esta forma, los recién llegados se percataron de que los metales no sólo podían ser obtenidos como botín de guerra o en calidad de “rescate” a cambio de cuentas de vidrio. Así lo entendió también Andrés Figueroa, capitán español que en tierra mixe cambió los arcabuces por las palas. De acuerdo con Bernal Díaz del Castillo, se dedicó con éxito a violar las tumbas de los caciques locales y cosechó el equivalente de cinco mil pesos de oro.



Máscara estilo teotihuacano proveniente del Templo Mayor de Tenochtitlan. Museo del Templo Mayor.

Con el paso de los años, estas lucrativas expediciones se volvieron tan frecuentes que la Corona se vio en la necesidad de expedir media docena de reales cédulas a lo largo del siglo XVI. La finalidad no era, evidentemente, proteger el patrimonio enterrado, sino asegurar la parte que le correspondía al rey. En un sonado incidente fechado en 1538, el conde de Osorno, beneficiario de una licencia para “abrir enterramientos” en Nueva España, Guatemala, Venezuela y Cabo Vela, se quejaba con razón de los nuevos gravámenes que se le imponían: el 1.5 por ciento por derechos de fundición, luego el quinto real y, por último, la mitad del remanente para la Real Hacienda. Los indígenas también se vieron envueltos en actos de pillaje, los cuales, aclara fray Toribio de Benavente, estuvieron motivados por los onerosos tributos que debían pagar a los peninsulares.

En la segunda mitad del siglo XVIII, al arribar las ideas de la Ilustración a la Nueva España, el pasado prehispánico

Academia de S<sup>ta</sup> Carlos n<sup>o</sup> 1<sup>o</sup>



“El indio triste”. Colección de la Real Academia de Pintura de San Carlos.  
Tomada de *Descripción de monumentos antiguos mexicanos*. BNAH.

fue reevaluado por motivos científicos y políticos. Entonces se realizaron reconocimientos de sitios virtualmente desconocidos como Xochicalco y Cantona, relaciones acerca de

ruinas distantes como El Tajín y Palenque, y estudios eruditos de los monumentos escultóricos que estaban siendo exhumados como resultado de obras urbanas en la ciudad de México. Allí, en la capital colonial, también proliferaron las colecciones arqueológicas privadas, atesoradas por funcionarios de gobierno, dignatarios religiosos y “hombres de letras”, tanto europeos como criollos. Entre ellos podemos mencionar al cardenal leonés Francisco Antonio Lorenzana, los sabios locales José Antonio Alzate y Antonio de León y Gama, el oidor sevillano Ciriaco González de Carvajal, el botánico extremeño Vicente Cervantes, el capitán flamenco Guillermo Dupaix, el sabio prusiano Alexander von Humboldt y el benedictino catalán Benito Moxó. Con excepción de Lorenzana y Humboldt, estos individuos apreciaban las antigüedades no sólo como recursos útiles para la reconstrucción histórica, sino en tanto fuentes inagotables de placer estético. Este gusto compartido hacía que se reunieran con frecuencia para mostrarse sus adquisiciones recientes, y para intercambiar objetos, dibujos y publicaciones.

Paralelamente surgieron en la ciudad de México las primeras colecciones públicas de objetos arqueológicos. Citemos a este respecto el Gabinete de Historia Natural, fundado en 1790 por el cirujano español José Longinos. Su colección se formó con los ejemplares que él mismo había traído desde España, con los que obtuvo en sus expediciones por la Nueva España y con aquellos aportados por once coleccionistas, casi todos ellos altos funcionarios locales. De acuerdo con la *Gazeta de México*, esta colección se exhibía al público los lunes y los jueves, de 10 a 13 y de 14 a 17 horas. En 24 estantes estaban distribuidos una biblioteca científica, instrumentos como microscopios, máquinas eléctricas y cámaras oscuras, así como especímenes pertenecientes a los tres grandes reinos de la naturaleza. La *Gazeta* especifica que el estante 19 contenía “tierras y

antigüedades”, pero desgraciadamente no da más detalles al respecto.

Mucho más importante es la Academia de San Carlos, establecida en 1783. Desde un principio, esta institución fue dotada por el rey de un generoso presupuesto, profesores del más alto nivel y espectaculares colecciones didácticas de pinturas, grabados, medallas, yesos y libros traídos desde España e Italia. Para dar una idea de su importancia, digamos que su pinacoteca reunía obras de Ribera, Zurbarán, Cortona y Miguel Ángel; entre los yesos se encontraban copias del Laocoonte, la Venus de Medicis y el grupo de Cástor y Pólux, y su biblioteca atesoraba obras de Piranesi y los nuevos volúmenes de las excavaciones de Herculano. Es muy interesante que junto a estas obras europeas se encontraran al menos cuatro esculturas mexicas. Según los escritos de Dupaix y de León y Gama, eran piezas que habían sido descubiertas en los cimientos del Mayorazgo de Mota. Nos referimos al famoso “Indio triste” y a las imágenes de un ahuizote, un sapo y una serpiente de cascabel. Décadas más tarde, estas mismas piezas conformarían el acervo base con el que fue inaugurado el Museo Nacional.